

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CONDE DUQUE, 32, DUPLICADO

15 CÉNTIMOS NÚMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles  
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales  
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias  
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones  
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías  
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño  
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR  
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »

## NI PAN NI TOROS

—Acudan luego... ¡Pecador de mí! Vengan pronto y alléguese a mi señor D. Quijote, que está en terrible y descomunal batalla, no sé contra qué gigantes y mal-sines... sudando a chorros, muy sofocado, resoplando fuerte y voceando a gritos, en tanto que sacude a izquierda y derecha linternazos...

—Calla, Sancho, calla, y no seas gallina... ni me encolerices más de lo que estoy... Calla, y no hagas de planidera ni te metas en mis negocios, ó te rebano la cabeza de un sólo tajo...

—Pero ¿qué le pasa á vuesa merced, que así se halla irritado y vuelve á las andadas, cuando yo me pensaba que se había hecho apacible y de ánimo sosegado?

—Mira, mira Sancho, cómo huyen... ¡Ah, cobardes, follones, gente impía y desalmada... que habéis apurado mi paciencia, y no he de lograr templarme hasta que no os haya destruido á todos... Ahí los ves, Sancho, esos son los malos conservadores...

—Mire vuesa merced que no son tales conservadores, sino pepinos, melones, zanahorias, calabazas y calabacines de la huerta de nuestro señor D. Antonio y de nuestra señora doña Joaquina.

—Conservadores son, y á todos, y á D. Antonio que los sembró y cultivó, he de destruir. ¡Paréceme bien que esté España como está... que no se consulte para nada á las Cortes de la nación, y se pida consejo á un fraile... que en esta patria de grandes oradores no hablé ya nadie más que «el niño Dios»... que haya cada vez menor número de empresas industriales y mayor número de conventos... que se haga intriga de camarín del nombramiento de general para mandar nuestros heroicos ejércitos... que se estén preparando, como para sorpresa de cubiletes, las próximas elecciones municipales... No ha de quedar uno, yo lo aseguro... el valor de mi fuerte brazo es más que sobrado medio para destruir á toda esa ralea conservadora, y bastan mis brazos para terminar la empresa, y conmigo vendrán los buenos españoles...

—Cálmese, amo mío... déjese de empresas y aventuras, y no se meta á redentor, que uno hubo y lo crucificaron, con ser, como era, nada menos que el mismísimo hijo de Dios... Tranquílcese, y á vivir... Distráigase oyendo las sandeces de la Pardo Bazán en el Ateneo de Madrid, y sabrá que Víctor Hugo vale un camino ante la ridícula escribidora de *Insolación*, esa repugnante obra pornográfica, ó diviértase como yo, viendo que «el niño Dios» arrastra consigo á un pueblo supersticioso... y viva, viva, que sabido es que este pueblo ha sido, es, y será el pueblo de pan y toros.

—¿Qué sandío eres... Y cómo se ve pronto lo burdo de tu naturaleza, lo grosero de tus gustos, lo torpe de tus juicios, lo desatinado de tus imaginaciones, lo bárbaro de tus...

—¡Tá, tá! Pare, señor, pare, y no diga más, que bastante lleva dicho... pero no me sé yo en que he disparatado, pues quiero que vuesa merced no se apure... por cosa que no le importe... y que se avenga á ir viviendo... que así, con pan y toros, estamos satisfechos.

—Pues sobre tal disparatas, que hoy ni hay pan ni toros, que el pan va por las nubes, y toros ya no hay,

pues no hay toreros... Además, mala púa, grasiento y safio... ¿Quieres que no se me importe cosa de las que interesan á la vida y á la honra de la patria? ¿Quieres que me cruce de brazos y presencie tranquilo la muerte de España? ¿Quieres, ruin, bellaco, que me niegue á lo que debo á mi nobleza y á mi valor?...

—Señor; haga vuesa merced lo que gustare, pues no hay medio de hacerle entender lo contrario; pero ya bastará que vuesa merced espere con calma poco tiempo... pues Isaac y Jacob... esto es, Romero y Silvela vendrán á la greña, y los dos contra Cánovas, y Cánovas contra los dos, y éste con aquél y aquél con todos, y no han de quedar ni los rastros de esos maldicidos conservadores... Además, que el país se encoge de hombros y duerme á pierna suelta... no siente necesidad alguna... Hemos llegado al extremo de que hablaba un sabio político... el cual, si yo no perdí memoria, dijo:

«No es lo peor que un pueblo pierda los medios de satisfacer sus necesidades... sino que no sienta necesidad alguna...»

—Razón tienes, Sancho... á veces eres agudo.

—¿Pues quién no lo es en los tiempos en que una mujer hace de sabio y un chiquillo de profeta?

## Los sueños de Doña Berta

«En la presente agitación tiene mucha parte la esposa de D. Carlos, doña Berta, la cual se entiende con los partidarios del pretendiente, les anima, les alienta, les compra municiones y fusiles y les excita para la rebelión».

(La prensa de estos días).

A pesar de su apellido de Rohan, apellido ex-ilustre, nada representaba en el mundo Doña Berta. Aislada, arrinconada, sin puesto preeminente y sin lugar propio en ninguna de las cortes europeas, veía transcurrir la juventud, que ya se marchitaba, sin la esperanza de conseguir ninguna firme y soberana posición. Entre los «huéspedes» del almanaque de Gothia, era Doña Berta como esas señoritas de la clase media que no tienen fortuna, que no pueden casarse con un «distinguido» ó con un rico, porque el distinguido ó el rico no la quieren, ni pueden unirse con uno de su clase, porque éste se asusta ante la pobreza y las pretensiones de la damisela, que no quiere ser la esposa de un tendero haito de pesos duros, ó de un trabajador acomodado, porque éstos son inferiores para ella.

En la sociedad de los magnates, Doña Berta era una de estas damas que mueren rindidas por el histerismo, por la desesperación y... la soltería. —«Rey no puedo, príncipe no quiero, Rohan soy», es la divisa de la casa; y ateniéndose á ella la actual esposa de D. Carlos, vió cumplir sus seis lustros, sin ser más que la noble señorita de las de Rohan destinada á vestir santos.

Pero, ¡oh fortuna! la única salida posible para estas irremisibles solteronas se la presenta á nuestra heroína. Alla en Venecia hay un señor que tiene cerca de sesenta años, pero que se dice rey de España. Este señor, que se aproxima á la vejez, solicita á la joven que se despidió de la juventud; la joven acepta al pretendiente,

se casa, «salva la situación», se instala en Loredán y ya es feliz, porque desde el día siguiente su criada, cuando va á la plaza, no le dice: «Señorita, el dinero», sino que humildemente le pregunta: «¿Me da su majestad para la compra?»; y no sólo esto, sino que de tiempo en tiempo llegan á Venecia un señor muy bueno, que se llama Cerralbo, y un señor muy fogoso, que se llama Mella, los cuales también dicen majestad á Doña Berta, y sobre darla el tratamiento, la enseñan un papel amarillento, un periódico escrito en un idioma que la dama no entiende, pero donde le consta que aunque sólo sea con iniciales, también la denominan reina; y no es esto sólo; hay mucho más, porque aquellos señores forasteros son tan sencillos y tan campechanos, que, á pesar de la nobleza y de la respetabilidad del uno, y á pesar de la aparente ferocidad del otro, dejan que la dueña de la casa les diga muy familiarmente:

—Escucha tú, Cerralbo... Oye tú, Mella...

\*\*\*

Por unos cuantos meses esto ha sido bastante. Acordándose de la posición anterior, Doña Berta se consideraba muy dichosa con ser reina aun sin reinos, y soberana aun sin vasallos. Pero la ambición es cosa horrible; nada la despierta ni la aviva tanto como las visiones, el ensueño... y allá en Loredán, en las largas veladas, en el aislamiento de una nominal realeza, Don Carlos contaría á su señora cómo muchas veces estuvo á punto de ser rey, y cómo aún era posible que llegara á serlo; no hablaría D. Carlos de cuestiones políticas, de que su señora no entiende; pero le haría relatos de fantásticas grandezas...

«El pueblo español tiene para sus reyes una lista civil cuantiosa, pródiga; la monarquía en España conserva su tradición y sus costumbres fastuosas como pocos países europeos; es el alcázar de Madrid uno de los mejores que existen, y por la grandeza de su construcción y por la majestad de su aspecto, y por el lujo de su decorado, y por la riqueza de sus muebles, esculturas y tapices, y por lo soberbio de sus cuadras y por la verdadera magnificencia de sus lujosos trenes, tiene pocos semejantes en Europa.»

Doña Berta es mujer, y tras de estas palabras, no ha necesitado más para alimento de sus sueños.

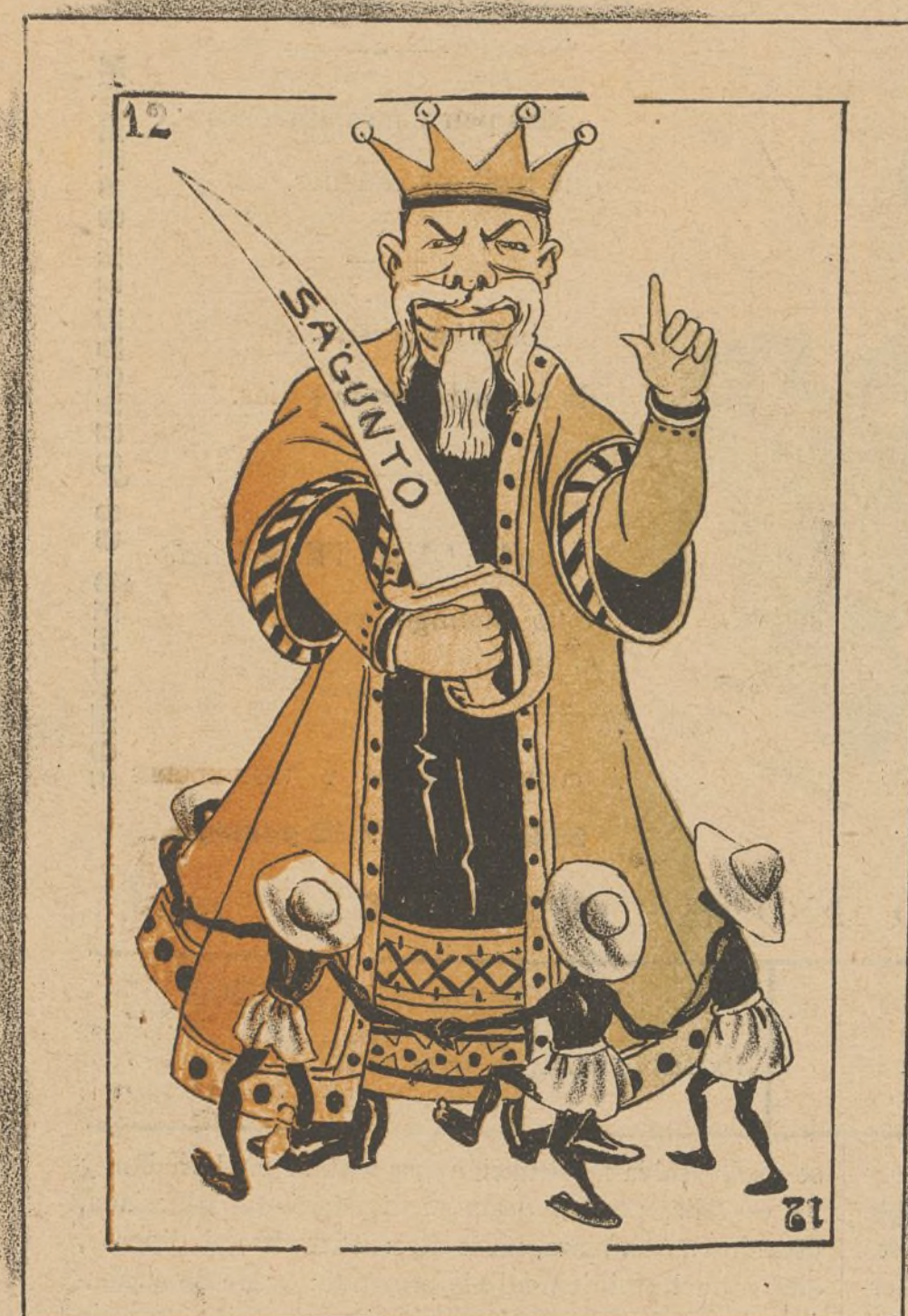
Todos los días, todas las horas, todos los instantes, piensa tan sólo en eso, en el boato, en el lujo, en la grandeza y en el rendimiento humilde de todo un pueblo colocado á sus plantas.

No hay en su cabeza nociones de lo que es un Estado, de lo que significa un país, de lo que es una constitución, de lo que es regir un pueblo. Y no hace falta. Para Doña Berta la cuestión es toda femenina: admirar, deslumbrar, despertar las envidias de las amigas de la infancia y matar de coraje á Fulana, que se casó también, y á Mengana, que hizo tan buena boda—y esta Fulana y Mengana son princesas llegadas hasta el trono por medio de enlace—ser reina, reina, ¿qué no se significa con eso?

Desde este punto, Doña Berta—lo mismo que la esposa de cualquier empleado que anima á su mitad para el negocio de donde podrá salir el sombrero ó la pulsera,—«no deja vivir á su marido.» La conversación en Loredán, por el estilo—aparte la diferencia del objeto—



Baraja política.



El rey de espadas.

# DON QUIJOTE



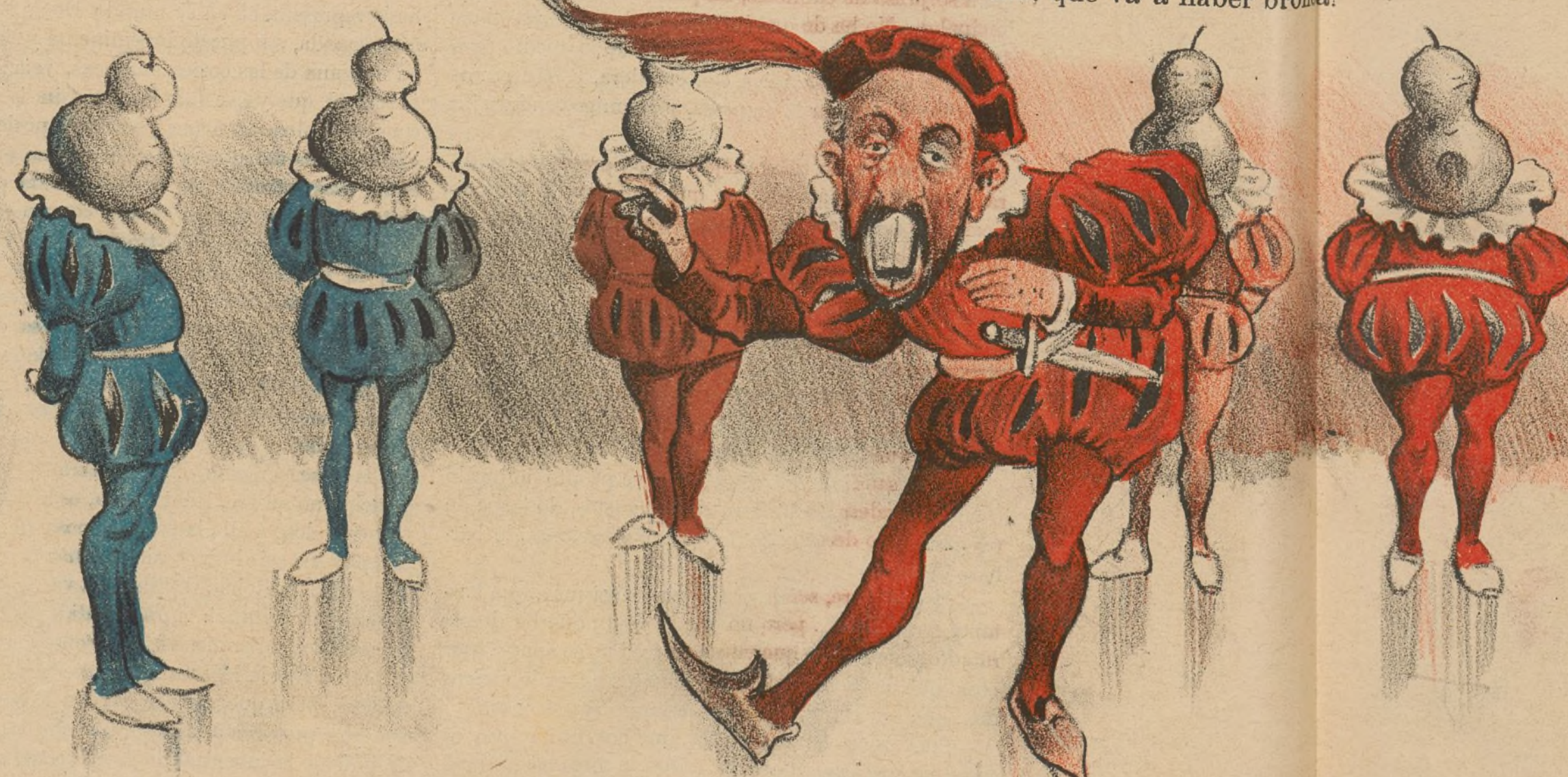
Si somos cuatro sacristanes, por tu cuenta podemos convertirnos en cuarenta.



—Tengo el honor de poner en conocimiento de ustedes que todavía continúo siendo ministro.



—Paquito, que no la metas!  
Antonio, que va á haber bronca!



El tenor y los coros.



¡POBRE MARGARITA!  
(Casi parodia.)

Siluetas artísticas.



—Será cosa de irme probando el uniforme.



EMILIO OREJON  
En la zarzuela *Viento en popa*.

¡Y siguen los petardos!!



de la conversación en cualquier piso interior, segundo izquierda, gira sobre el tema de la pícara ambición, y se resume en esta frase:

«Tú no seas tonto, Carlos; hay que hacer lo posible por ser rey.»

\* \*

Y estas vanidades femeniles son, buen pueblo español, la génesis de lo que *hasta ahora* ha sido una partida y puede ser mañana una guerra civil. De esto han salido los gritos que se han dado en Castelnou, y los fusiles que se compran en Bruselas; y si nos descuidamos, de aquí puede salir la lucha que ensangrienta los campos, la guerra asoladora que dé al traste con la libertad, poca ó mucha, de que aún «gozamos» en España.

El peligro es muy serio; como que lo produce una fuerza poderosísima, el capricho de una mujer empuñada en que su marido le dé un trono.

Y hay que tener cuidado para que, puestos en moderación los apetitos de Doña Berta, se contente con que su criada la llame su majestad; y para conseguir que una parte de la divisa de los Rohan, «Rey no puedo», sea desde hoy la divisa común, de Doña Berta y de don Carlos, del pretendiente eterno y de la princesa soñadora.

ANTONIO MIRASOL.

## A UN TIPO

Permite que te diga sin ambaje que te hallo por mí fe desconocido; pues adquiriste un aire distinguido cambiando totalmente tu pelaje.

Al verte convertido en personaje, me pregunto á mi mismo sorprendido: ¿consiste la virtud en el vestido y hace decente á la persona el traje?

Hoy tienes apariencia de hombre honrado, y aun hay alguno que el sombrero quita si pasas casualmente por su lado; cosa que no me estraña ni me irrita; que á muchos como tú les ha tapado las manchas de la honra la levita!

A. J. PEREIRA.

## QUISICOSAS

—Fué á confesarse Pascual, y el padre cura le dijo:

—¿De qué se acusa usted, hijo?

—De que he sido concejal.

—No tenga remordimiento, que ser edil no es pecado.

—¡Ay, padre, si es que he faltado al séptimo mandamiento!

Mas es bueno que confiese que al séptimo falté un día, porque entonces no sabía qué mandamiento era ese.

Y si edil soy otra vez...

—No olvide usted ni un momento...

—¿El séptimo mandamiento?

—El mandamiento del juez.

\* \*

Le dijo á Gil cierto día en su pueblo una zagala:

«Tú morirás de una bala.»

Y salió su profecía.

A la guerra marchó Gil,

mas no le causó impresión ni la bala de cañón,

ni la bala de fusil.

Cuando tomó la licencia no pudo trabajo hallar,

y para poder ganar el pobre la subsistencia,

se hizo mozo de cordel,

pero muy poco vivió,

pues cuentan que le aplastó una bala de papel.

\* \*

—Me han dicho que Conrado

es un hombre que siempre está empleado.

—Si conserva el destino,

tendrá lo que se llama un buen padrino.

—Yo sólo sé una cosa:

que tiene una mujer que es muy hermosa.

\* \*

Un odio mortal Turquia

tiene á Grecia, y es lo cierto

que en todas partes las turcas

hacen siempre hablar en griego.

\* \*

—¡Qué cabo más jovencito!

—Va á Filipinas, no es broma;

y es tan valiente el mocito,

que estoy seguro que toma á Cavite ese caballo.

VICENTE RUBIO.

## DÍAS DE GLORIA

¡Hermosos días estos de la última semana! La fortuna parece que al fin se cansa de volvernos la espalda. Tenemos que registrar dos nuevos triunfos en la historia ya algo larga de nuestras guerras: la prisión de Rius

Rivera, el sucesor de Maceo, y la toma de Imus, último baluarte de los insurrectos tagalos.

En los ánimos, acongojados por tantas desdichas, vuelve á renacer la calma.

Ya se habla de la próxima pacificación de Cuba y Filipinas. ¡Dios quiera que la opinión no se engañe en sus optimismos!

De todos modos, esos dos brillantes hechos de armas han de contribuir en mucho á que se realice pronto la paz, tan ansiada por todos.

Unimos nuestros plácemes á los ya tributados por la prensa á los bizarros generales Weyler, Hernández de Velasco, Polavieja, Lachambre y los soldados á sus órdenes.

Y que á estas victorias sigan otras, hasta que acabemos con ambas insurrecciones.

## «EL NIÑO DIOS»

La Providencia se ha declarado carlista. Era de esperar. Y como prueba del afecto que profesa á D. Carlos, ha enviado á la tierra, en clase de delegado especial, á un muchachito que, á pesar de sus pocos años, habla ya como Mella, y se dedica á recorrer esos pueblos de Dios predicando la buena nueva.

El Mesías del carlismo, á pesar del carácter sobrenatural que ha traído á este triste mundo, es, si hemos de juzgarle por sus apariencias, un mortal simple, ó un simple mortal.

Nada hay en él que revele al enviado de la Providencia. Viste de «marinero», como cualquier otro muchacho, y no gasta alas ni jímbo más ó menos luminoso, ni nada, en fin, que le acredite como tal «niño de Dios».

¡Pero, en cambio, qué palabra más elocuente la suya! El mismo Mella, orador de la clase de portentosos, según *El Correo Español*, queda tamaño, si se le compara con ese chucuelo celestial.

Estos carlistas son el demonio.

Apelan á todos los medios para hacer propaganda en favor de su causa, y ora sueltan á Mella por esos pueblos para conquistar prosélitos, ora exhiben en clase de fenómeno á ese pobre «niño de Dios».

Para ellos no hay nada sagrado; ni siquiera la infancia!

¡Ay, pobre «niño de Dios», obligado á tus años á hablar de política, y á defender el poder temporal del Papa y los sagrados derechos del llamado Carlos VIII!

Ya te arrepentirás cuando llegues á viejo de haber gastado tus años por los mejores años de tu vida! en defender todas esas majaderías que defiendes ahora.

Porque cree—¡oh delegado especial de la Providencia!—que no hay nada tan hermoso como ser niño, y que no vale D. Carlos lo que una hora de recreo en el Prado con amigos y compañeros.

Y en cuanto á esos hombres que te explotan, sin duda han olvidado aquel refrán que dice:

«Quien con niños se acuesta... etc.»

## SILUETAS ARTÍSTICAS

### EMILIO OREJÓN

El joven y simpático tenor cómico Emilio Orejón, cuyo retrato publicamos en este número, es hijo del célebre tenor cómico D. Juan Orejón, cuyo recuerdo no se ha borrado de cuantos alcanzaron los tiempos en que Arderius fundó en Madrid la compañía de Bufos Madrileños.

Hoy, el padre de nuestro biografiado vive en Buenos Aires, donde, como empresario de teatros, ha realizado una buena fortuna.

Allá en la Argentina comenzó su carrera artística Emilio Orejón, conquistándose el aprecio del público por su laboriosidad y su talento.

Aquí en España ha ganado nuevos laureles, y cuando vuelva á América, donde es esperado con afán, podrá exclamar, hablando de su excursión por la patria:

—Llegué, ví y vencí.

Esto será una prueba para el público de la capital del Plata, de que, al otorgarle sus primeros aplausos, supo hacer justicia al joven y distinguido actor.

## LANZADAS

El Sr. Cánovas, para salvar el Archipiélago filipino, va á restablecer los antiguos *gobernadorcillos*.

Este D. Antonio tiene el afán de empuqueñecerlo todo.

Bien es verdad que ya sabe él con los hombres que cuenta.

Y comprende que la mayoría de los gobernadores que puede mandar á Filipinas se le volverán gobernadorcillos al llegar allí.

La *Correspondencia*, en un artículo oficioso, afirma que la escuadra española es una de las más poderosas del mundo.

Ya lo creo.

¡Y sino, que la formen en el estanque del Retiro!

«El Niño de Dios», Ramón Murguía, sigue predicando la buena nueva á las masas *carcundas*.

Y, ¡oh inconvenientes del apodo!

El día menos pensado le crucifican.

\* \*

Por de pronto, ya le han procesado en Zaragoza.

Y ese proceso puede servirle de aviso.

irse preparando para subir al Gólgota.

Porque en esas provincias de Cos, todos los gobernadores resultan Poncios.

Y hasta Pilatos.

También en Puerto Rico ha asomado la cabeza la hidra laborante.

Y el *gran* Castellano sin enterarse de nada.

¡Oh inconsciencia de los pequeños!

Ya la *colosal* farola

luce en la Puerta del Sol.

¡Dios quiera que alumbré un poco

á Vadillo y Cos-Gayón!

De un telegrama de París:

«En el caso del acorazado español *Victoria* se ha encontrado un criadero de ostras.»

¡Cielos! ¿Si habrán ido á invernar allí unos cuantos senadores de la mayoría?

Las criadas de servir se han asociado y establecido un círculo cooperativo en la calle de Jardines.

Según nuestras noticias, muy en breve dará en el una conferencia el Sr. Moret sobre el importante tema:

«Po-bre-chica

la-que-tiene

que-ser-vir...»

*Marinero sube al palo*

*y dile á la madre España,*

*que los carlistas conspiran*

*y que no se enterá Cánovas.*

En Manresa continúa el conflicto obrero.

Y el Gobierno—siempre paternal—prepara el envío de unos cuantos batallones para solucionar el tal conflicto.

Porque, lo que dirá Cos-Gayón:

—A falta de pan, buenas son balas.

*No hay patria como mi patria,*

*ni tierra como Aragón.*

Allí nació Castellano

y armó bronca el «Niño é Dios.»

Lo de todos los días:

«El general Martínez Campos ha celebrado una detenida conferencia con el ministro de la Guerra.»

¡A lo que ha quedado reducido el «héroe» de Sagunto!

A celebrar conferencias y á que luego no le hagan caso.

Libros:

La popular Biblioteca «La Irradiación», ha publicado un nuevo libro, *La Astronomía y sus fundadores*, por Camilo Flammarión.

Este libro, lujosamente editado, y del cual nos ocuparemos con la extensión que se merece, se halla de venta en todas las librerías al precio de 2,50 pesetas y en la sucursal de «La Irradiación», Puencarral, 106.

\* \*

*Barcelona á la vista.*—Se ha puesto á la venta el octavo cuaderno de este elegante portfolio, que contiene, como los anteriores, diez y seis vistas fotográficas de Barcelona.

Precio de cada cuaderno: 35 céntimos.

## ANÉCDOTAS POLÍTICAS

(ARREGLADAS LIBREMENTE)

Diálogo entre dos personajes conservadores:

—¡Buenas cosas se tiran anoche en el banquete de la Huerta!

—Si; hubo frases muy felices.

—¿Y cuál fué la más aplaudida?

—La de Mortesin, cuando se presentó á anunciarnos: «¡La mesa está servida!»

\* \*

Castellano, hombre galante:

—¡Señora, qué guapa y qué bien vestida está usted esta noche!

La señora, sonriéndose:

—Pues aquí, donde usted me ve, mañana tengo que vestirme de medio luto.

Castellano, asombrado:

—¿Cómo! ¿Tiene usted algún pariente medio muerto?

\* \*

—D. Atanasio, D. Atanasio! ¡Venga usted, por Dios!

—Pero, ¿qué ocurre?

—Una gran desgracia: que el perro acaba de morder á D. Antonio.

—¿Rabiaba el animal?

—No, señor; pero...

—¡Pobre perro! Entonces seguramente rabiara ahora.

\* \*

Tejada de Valdamera es un hombre modesto si los hay.

El otro día, hablando con Cánovas, se atrevió á decir:

—Yo no hablo nunca de lo que no sé.

—¡Hombre!—le respondió D. Antonio—entonces se aburrirá usted soberanamente.

—¿Por qué?

—Porque nunca tendrá usted nada que decir!